

Este es un punto en que acaso no habeis puesto toda la atencion que se debia sobre la tierra ; pero si vosotros no habeis cumplido las obligaciones de vuestro estado , y no os habeis aprovechado de vuestros sufrimientos ; en una palabra , si vosotros sois pecadores , vosotros sois la zizaña condenada al fuego.

2.º *De la recompensa de los buenos...* «Entonces resplandecerán «los justos como el sol en el reino de su Padre...» Consideremos la recompensa , y en primer lugar *en sus personas*. ¡Cuán diferentes serán de lo que eran sobre la tierra! No se encontrará en ellos ni aun la mas mínima imperfeccion , ni de cuerpo , ni de espíritu : todo en ellos será amable , todo maravilloso. El resplandor del sol es una figura débil para exprimir la luz con que resplandecerán , y la gloria de que cada uno de ellos será rodeado.

En segundo lugar : *en su morada*. Será esta el reino de Dios su Padre ; esto es , el cielo... Si la tierra , aunque maldita , presenta aun á los felices del siglo tantos y tan diversos atractivos , ¿qué cosa será el cielo , formado de intento por Dios y por su infinita sabiduría para ser la morada eterna de sus amados hijos , donde nada faltará y todo abunda?

En tercer lugar : *el objeto de su bienaventuranza , que será el mismo Dios* , ser infinito , y origen infinito de toda felicidad y de todos los bienes : gozarán de él , lo verán , lo amarán , y participarán de él en las delicias inefables de un eterno amor.

Pero ¿para quién será una suerte tan digna de envidia? Para los justos. Solo se puede obtener por este título. De cualquiera clase , de cualquiera condicion que seamos , vivamos en la justicia , cumplamos las obligaciones de nuestro estado , observemos las leyes de Dios , practiquemos las virtudes cristianas , perseveremos en la piedad , y muramos en el amor de Dios , y el cielo es seguro para nosotros... ¿Y qué otro negocio de mayor importancia tengo yo en este mundo? ¿Y qué me importa á mí todo lo restante , con tal que viva y muera en la gracia de mi Dios?

Este , pues , es el paradero de la sorprendente escena que se representa sobre la tierra , la separacion de la mezcla de los buenos con los malos : escena que ha ocasionado tanto escándalo á los espíritus débiles , que ha hecho proferir tantas blasfemias á los espíritus fuertes , y que ha santificado los espíritus racionales y dóciles. Esta es la separacion digna por cierto de la majestad , de la grandeza , de la sabiduría , de la justicia y de la magnificencia de Dios.

Petición y coloquio.

Vos añadís , ó Señor , al fin : «El que tiene orejas para entender , «entienda...» ¡Ah! ¡quién no despertará de su sueño á la explicacion que Vos mismo nos dais de la parábola que nos habeis propuesto! Cierre el impío las orejas para no entenderla : distraígase y disípese el libertino para no reflexionar sobre ella ; pero yo , ó Dios mio , os pido un corazon dócil para aprovecharme de una leccion tan importante , de una verdad tan terrible por una parte , y de tanto consuelo por otra : desprended mi corazon de todo lo que pasa con el tiempo , para que comprenda y guste lo que es eterno. ¡Ah! Señor , espánteme y atemoríceme vuestra justicia ; mas vuestra bondad me dé animo , y vuestra ley me sirva de regla , para que caminando en la luz , llegue á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CXVII.

DE LA PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO , Y DE LA PERLA PRECIOSA.

(Matth. xiii , 44-46).

Despues de haber explicado Jesucristo á sus Apóstoles la parábola de la zizaña , continuó á instruirlos con otras que formarán el sujeto de esta y de la siguiente meditacion. Apliquémonos á declarar en esta : lo 1.º la parábola del tesoro escondido ; lo 2.º la parábola de la perla preciosa.

PUNTO I.

Parábola del tesoro escondido.

Jesucristo dijo á sus Apóstoles : «El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo , que cuando lo halla un «hombre , lo esconde ; y por el gozo va y vende cuanto tiene , y «compra aquel campo...»

Lo 1.º *Se puede aplicar esta parábola al tesoro de la salvacion escondido en la Iglesia de Jesucristo*. ¡Oh , cuánto ha costado á los primeros fieles el adquirir este campo , el mantener la posesion , el hacerse miembros de esta Iglesia y conservar la fe! Les fue necesario renunciar no solo á sus bienes , á su reposo y á su reputacion , sino tambien muchas veces á su propia vida ; y no temieron sacrificarlo todo por mantenerse en esta fe , sin la cual no se puede agradar á Dios , y en esta Iglesia , fuera de la cual no hay salvacion. Los que no están en ella deben imitar su generosidad para entrar , y tomar

posesion de este riquísimo campo. Mas respecto de nosotros que hemos nacido en esta Iglesia, ¿cuál es nuestra ingratitud si no estamos penetrados de reconocimiento, si no damos infinitas gracias á Dios todos los dias de nuestra vida? ¿Cuál es, pues, nuestra insensatez si no cuidamos de este tesoro que está en nuestra posesion y que nos toca, si no queremos buscarlo, cavar, descubrirlo y apropiárnoslo? Pero ¿qué es lo que sucede? Semejantes al primer señor del campo de la parábola, y menos excusables que él, ni tenemos siquiera idea de este tesoro, ni pensamos en él: tenemos poco apego al campo donde está escondido, á la Iglesia y á la fe, dispuestos á abandonar la una y la otra, y la salvacion que de ellas depende, luego que el placer, el respeto humano, la fortuna ó la ambicion se pongan de por medio y lo pidan... Y aun ¿cuántas veces hemos vendido este precioso tesoro por vilísimo precio?

Lo 2.º *Se puede aplicar esta parábola á la perfeccion escondida en el estado religioso, y en el retiro del mundo...* El que llamado por Dios á la perfeccion, ó sea por una vocacion particular á cualquier orden religioso, ó al estado eclesiástico, ó sea por un impulso poderoso á la vida interior y á los ejercicios de piedad y de penitencia en medio del mundo mismo, este comprende bien que ha encontrado el tesoro. ¿Y cuál es su alegría por tan feliz descubrimiento? Se guarda de manifestarla y de hacerla pública, la esconde en su seno, ó la comunica solamente á personas discretas é iluminadas que puedan ayudarle con su crédito y con sus consejos á conseguir aquel campo en que de ahora en adelante se halla su tesoro. ¡Qué ardor, qué diligencia, qué viva y santa impaciencia de concluir todos los negocios temporales por ver que se acerca el feliz momento en que podrá darse á Dios, y servirle con plena libertad! ¡Ah! llamemos á nuestra memoria aquel tiempo dichoso si hemos tenido tan bella suerte... ¿Encontramos acaso nosotros entonces alguna dificultad en separarnos de cuanto mas apreciábamos para hacer el sacrificio que pedia nuestra vocacion? No por cierto: hubiéramos sacrificado mil mundos por obtener el tesoro por tanto tiempo deseado. Teníamos razon: el tesoro que adquirimos valia mas que mil mundos y mas que todas las otras criaturas... Pero ¿hemos conservado estos sentimientos, aquella estima de nuestro estado, aquella alegría de haberlo conseguido, aquella generosidad de sacrificarlo todo para cumplir dignamente sus obligaciones? El tesoro no se ha mudado: él es el mismo, y siempre capaz de enriquecernos y de saciar todos los deseos de nuestro corazon. ¡Qué desventura si este tesoro fuese

aun para nosotros un tesoro escondido! ¡Ah! si fuese así, volvamos á entrar dentro de nosotros mismos, no abandonemos el campo que poseemos: el tesoro está en él; nosotros lo sabemos bien. ¡Ah! busquémoslo, cavemos, roguemos, meditemos, trabajemos: lo encontraremos sin duda, y en vez de sentir fastidio y disgusto se hallará nuestro corazon inundado de una santa alegría.

Lo 3.º *Podemos aplicar esta parábola á nosotros mismos, considerando en este hombre del Evangelio: 1.º Su fortuna...* Halla un tesoro, y un tesoro que no buscaba, y aun en que no pensaba, y esta es nuestra propia suerte: sin haberlo buscado, y aun sin haberlo pensado, nos hallamos cristianos y católicos: tenemos la fe, y conocemos todos los bienes que ella incluye; ¿con cuántas gracias no nos previene Dios, y cuántos santos deseos no nos inspira? Consideremos bien nuestra fortuna, y procuremos serle reconocidos... 2.º *La prudencia de este hombre...* Habiendo descubierto este tesoro en un campo que no era suyo, lo deja en su lugar, lo esconde de nuevo, y lo cubre con la tierra. Lo mismo debe hacer en nosotros la humildad: esta debe esconder las gracias, los dones de Dios y las buenas obras. El que es imprudente y no esconde su tesoro, se expone á que se lo roben... 3.º *Su alegría...* Desahoguemos nosotros los sentimientos de júbilo que se merecen los bienes de que nos hace gozar la fe, y de otros mayores que nos da derecho á esperar... 4.º *Su esfuerzo...* Vende cuanto tiene, y compra el campo... La noticia del tesoro no se compra: la fe, la gracia se nos da gratuitamente; pero se debe comprar la posesion del tesoro, del campo en que se halla, del reino de los cielos, de la vida eterna, de la corona de justicia. No nos lisonjeemos; esto nos debe costar. Nos engañaríamos grandemente, si nos persuadiésemos que el cielo se nos dará de balde: es necesario comprarlo á costa de todo cuanto tenemos, á costa de todas nuestras pasiones, de todas nuestras inclinaciones viciosas, de que debemos deshacernos, á costa de todos los sentimientos de nuestro corazon, y de todas las acciones de nuestra vida, que debemos consagrar á Dios y á su amor. Á este precio el cielo es nuestro. ¡Oh afortunado comercio! ¡oh trueque ventajoso! ¡oh feliz ganancia!

PUNTO II.

De la perla preciosa.

«Es tambien semejante el reino de los cielos á un hombre negociante que busca buenas perlas... Y habiendo encontrado una

«de gran precio, se fué, y vendió cuanto tenía, y la compró...»

Lo 1.º *Apliquemos esta parábola á la Iglesia de Jesucristo, á la Religión, y á la fe cristiana y católica.*

Consideremos en primer lugar cómo se debe buscar la verdadera Religión... El que no ha nacido en la verdadera Religión no puede dejar de sentir fuertes inquietudes por poco que reflexione sobre un punto de tanta importancia para la eternidad. Al principio del Cristianismo muchos grandes filósofos y bellos espíritus habiendo probado muchas sectas, y no encontrando cosa que les satisficiera, se encantaron con la doctrina cristiana y católica, la abrazaron, se establecieron en ella, y fueron por sus obras la gloria y el ornamento de la Iglesia... Lo mismo sería de los cismáticos y herejes, y de nuestros impíos filósofos, si buscasen la verdad con un corazón tan recto y con miras tan puras como aquellos primeros filósofos; pero no buscan la verdad, porque la aborrecen, y no temen las justas consecuencias, porque acarician el error y aman la ilusión.

Consideremos en segundo lugar la verdad de la religión cristiana y de la fe católica... Desde que se conoce la religión cristiana y la Iglesia católica cesan todas las dudas. La verdad se deja ver en ella con una luz que disipa todas las tinieblas, y calma perfectamente el corazón y el espíritu. Todo está probado en ella, todo es consiguiente, todo es racional, todo proporcionado de una parte á las necesidades y á la debilidad del hombre, y de otra á la nobleza de sus sentimientos y á la extensión de sus deseos. Tratándose de perlas preciosas, el que no es práctico, ni las conoce, se puede engañar sobre su respectiva belleza, mientras solo ve de las comunes; pero si entre ellas hay una de una perfecta belleza, cualquiera que la considere atentamente, luego la distinguirá entre todas las demás. La miseria del hombre consiste en no poner su atención y actividad en otra cosa que en los bienes de la tierra, en no temer engañarse en otra cosa que en aquello que pertenece á sus intereses temporales, y en estar tibio é indiferente para todo aquello que mira á Dios y á su propia salvación. Indiferencia que llega hasta hacer decir á tantos impíos, que todas las religiones son buenas y que en todas ellas se puede uno salvar. ¡Ah! el que así habla no se conoce á sí mismo; el que habla así no tiene la verdadera Religión. Cuando se profesa esta, se conoce que se tiene la verdad, y la verdad es una sola. Hay solamente un Dios, un solo Bautismo, una sola fe... Nosotros, que hemos nacido en ella, amémosla, estudiémosla, y no nos separemos jamás de ella.

Consideremos en tercer lugar cuál es el precio [de la verdadera Religión y de la verdadera fe... Si muchos no conocen la verdad por falta de buscarla y por falta de atención, hay por otro lado otros muchos que no la abrazan por falta de generosidad y de valor. La verdad de la Religión y de la fe es una verdad de práctica que exige los mas grandes sacrificios. Se necesita someter los prejuicios del propio espíritu á las decisiones de la Iglesia; las inclinaciones del propio corazón á los preceptos de la moral; el propio orgullo á la humilde confesión de las propias culpas, y la carne á la penitencia, á los ayunos, á las abstinencias: se necesita vencer los respetos humanos que nos detienen, romper las ataduras que nos tienen presos; tal vez es necesario también renunciar á los propios bienes y á la propia fortuna... ¡Ah! desdichado de aquel que deja de adquirir á este precio esta perla preciosa que lo enriquecería para toda la eternidad... Pero nosotros, que hemos nacido en la verdadera fe, amémosla, conservémosla, y sobre todo unámonle las obras buenas que nos pide, sin lo cual sería una fe muerta, una perla perdida para nosotros, y su pérdida nos haría aun mucho mas culpables.

Lo 2.º *Apliquemos esta parábola á la verdadera felicidad del hombre, que consiste en el amor de Dios y en el estado de gracia...*

Consideremos en primer lugar cómo debemos buscar la verdadera felicidad... Todo el mundo quiere ser feliz; el Evangelio mismo nos exhorta á lo mismo, pero nos advierte que busquemos la verdadera felicidad donde se halla... Un hombre que busca perlas y que hace un tráfico de ellas, las busca buenas y finas... ¿Por qué, pues, nosotros buscamos solamente una felicidad que ya tantas veces hemos experimentado que es falsa, contaminada, impura, incapaz de satisfacer nuestro corazón, y que solo nos puede causar vergüenza, inquietud y remordimientos? ¡Ah! desechemosla, no queramos ser engañados; desechemos estas perlas fingidas, estos falsos diamantes que solo merecen el desprecio, y cuya adquisición léjos de enriquecernos servirá antes para nuestra ruina.

Consideremos en segundo lugar en qué cosa se halla la verdadera felicidad... La verdadera felicidad se halla solamente en el amor y en la gracia de Dios... ¡Ah mil veces feliz quien descubre esta perla preciosa y conoce su belleza y su riqueza! Nuestros corazones están hechos únicamente para Dios: en Dios solamente, en su gracia, en su amor hallan el reposo que en vano buscan en el amor de las criaturas. Dije poco en decir que hallan el reposo; encuentran en él su contento, sus dulzuras y sus delicias, y en una palabra una

felicidad superior á toda expresion con la dulce esperanza que no se les quitará con la muerte ; antes al contrario, con la muerte se perfeccionará, y durará por toda la eternidad.

Consideremos en tercer lugar el precio de la verdadera felicidad... El amor de Dios, en que solo consiste la verdadera felicidad, se adquiere solamente con el precio de todo aquello que se posee y de todo aquello que podemos esperar poseer con el precio de todos los afectos del corazon por las cosas criadas... En vano queremos ó pretendemos nosotros retener alguna cosa ; el precio ya está tasado y fijo : jamás conseguiremos ni tendremos esta perla inestimable, sin que primero hayamos dado todas las cosas. Entre tanto que nosotros disputamos y nos atormentamos á nosotros mismos, perdemos momentos preciosos, disminuimos siempre mas la duracion de la posesion, y acaso el tiempo está ya para espirar y acabarse, y perderemos todos los otros bienes que queremos obtener sin haber adquirido aquel solo que puede quedarnos y satisfacernos... ¡ Ah! no temamos ; cuando se nos pide todo no es ya para empobrecernos, antes es para enriquecernos ; no ya para privarnos de alguna felicidad, sino para quitarnos lo que nos impide gozar la felicidad perfecta, suma é infinita.

Peticion y coloquio.

Dadme, ó Dios mio, aquella verdadera sabiduría que sabe estimar y buscar las cosas segun su precio ; aquella verdadera prudencia que prefiere la salud á toda otra cosa ; aquella verdadera generosidad que sacrifica todas las cosas á vuestro amor. Sé que Vos dais la perla preciosa y el tesoro escondido, esto es, vuestro reino, á la fe ; á la confianza, á la oracion y á la fidelidad ; haced, pues, que yo no omita alguno de estos medios para conseguirlo. Amen.

MEDITACION CXVIII.

PARÁBOLA DE LA RED.

(Math. xiii, 47-52).

Esta parábola nos representa : 1.º el estado de la Iglesia en el siglo presente ; 2.º el estado de la Iglesia en la consumacion del siglo ; 3.º el estado de la Iglesia en el siglo futuro.

PUNTO I.

Del estado de la Iglesia en el siglo presente.

« Es tambien semejante el reino de los cielos á una red arrojada al mar que recoge toda suerte de peces : la cual luego que estuvo llena, tirándola fuera, y sentados en la playa escogieron los buenos en los vasos y arrojaron fuera los malos... »

Esta red es la Iglesia, que con la predicacion del Evangelio reúne en su seno hombres de todas las suertes, buenos y malos. Aquí en la tierra todo está mezclado, todo está escondido, no se puede distinguir con seguridad quién son los buenos, y cuál es su grado de bondad ; ni quién son los malos, y cuál es su grado de maldad, y mucho menos quiénes serán los que perseverarán en su bondad ó en su maldad. Lo que se dice de la Iglesia en general se debe decir tambien de cada orden, de cada profesion en particular. Saquemos aquí tres consecuencias.

1.º *Una verdad necesaria de saberse, y es, que un cristiano aunque pecador no está fuera de la Iglesia...* La Iglesia sobre la tierra no se compone de solos los justos ó de solos los pecadores : aunque grande pecador estoy aun en la Iglesia ; me puedo convertir y salvarme. Fuera de la Iglesia ninguno se puede salvar ; pero aunque estemos en la Iglesia, y aunque en la Iglesia hayamos abrazado un estado santo, un estado de perfeccion, no se puede decir que por esto estamos salvos... Todos los estados tienen su mezcla, y en todos los estados se puede perder un cristiano.

2.º *Un defecto necesario de evitarse...* El mal que aparece en la Iglesia no debe sorprenderme ni escandalizarme, porque ya está predicho... La Iglesia por esto no deja de ser santa en sí misma : los órdenes diferentes de la Iglesia no son menos santos en sí mismos, por cualquier desorden y escándalo que en ellos se encuentre. Esta es la miserable herencia de la triste humanidad ; es una miseria inevitable entre las criaturas que están aun en esta peregrina-

cion, y gozan de libertad. Me debo, pues, guardar de juzgar á alguno ó hacer un discernimiento que solo toca á Dios y no al estado presente de la Iglesia, mientras está aun en este mundo y sobre la tierra.

3.^a *Un solo punto importante á que es necesario atenerse...* Aquello que únicamente me importa es, ver que estoy en la Iglesia y en mi estado, ponerme en el número de los buenos, ser bueno ó mejor, mientras hay aun tiempo; porque lo que ahora está mezclado y escondido no lo estará siempre, y bien presto se tirará la red, esto es, se hará irreparablemente la separacion de los justos y pecadores.

PUNTO II.

Del estado de la Iglesia en la consumacion del siglo.

«Así sucederá en la consumacion del siglo: saldrán los Ángeles «y separarán los malos de en medio de los justos, y los meterán en «el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes...» Cuando estará llena la red, la tirarán fuera. Cuando Dios haya puesto en ejecucion todos sus designios sobre la tierra en favor de sus escogidos, el mundo, que solo por ellos subsistia, se acabará. Jesucristo sentado con sus discípulos que habian echado la red juzgará, pronunciará y comenzará un nuevo orden de cosas.

Lo 1.^o *Será manifestado lo que estaba escondido...* La hipocresía, la misma caridad no podrán ya encubrir ó enmascarar cosa alguna; aparecerá todo y se dejará ver la verdad toda entera; y con ella, ¡cuántos monstruos no se verán por una parte; cuántas abominaciones, cuántos horrores! y por otra, ¡cuántas bellezas, cuántas maravillas, cuántos objetos deliciosos! ¿Cómo compareceré yo entonces? Lo que soy al presente, y lo que con tanto cuidado procuro no comparecer ahora.

Lo 2.^o *Será separado lo que ahora está mezclado...* Vendrán los Ángeles y separarán los pecadores de en medio de los justos; de en medio de los sacerdotes santos, los sacerdotes sacrilegos; de en medio de los religiosos mortificados y penitentes, los religiosos sensuales; de en medio de los magistrados de integridad, los magistrados injustos; de en medio de los cristianos fervorosos, los cristianos corrompidos; de en medio de las vírgenes sábias, las vírgenes necias; de en medio de las esposas fieles, las esposas adúlteras; de en medio de las mujeres cristianas, las mujeres mundanas; finalmente de en medio de los escogidos, los réprobos. ¡Ah! ¿quién

podrá sufrir la confusion de una tal separacion? Separémonos ahora de los pecadores para no ser entonces separados de los justos.

Lo 3.^o *Se dividirá y se pondrá en dos contrarias extremidades lo que estaba reunido en un centro comun...* Estaban reunidos sobre la tierra los buenos y los malos, los bienes y los males. Entonces se hará la division, y cada cosa será puesta en su lugar con una oposicion infinita y eterna. Los pecadores en el horno ardiente, en el infierno; los justos en el cielo, en las delicias del paraíso: á una parte la union de todos los males para los pecadores, y á la otra la union de todos los bienes para los justos.

PUNTO III.

Del estado de la Iglesia en el siglo futuro.

Lo 1.^o *Consideremos cuál será entonces la miseria de los pecadores...* Los pecadores que no habrán querido conocer la Iglesia ó que la habrán deshonrado, serán para siempre excluidos de ella y condenados para siempre á los tormentos, á los llantos, al arrepentimiento, á la rabia y á la desesperacion. Esta será su eterna ocupacion.

Lo 2.^o *Examinemos cuál será la felicidad de los justos...* Los justos, que solos compondrán entonces la Iglesia triunfante de Jesucristo, vivirán en las delicias del amor divino y de una vida bienaventurada y gloriosa que no tendrá jamás fin; esta será su suerte eterna.

Lo 3.^o *Concluyamos de estas dos verdades cuál es el interés de aquellos que viven aun sobre la tierra...* Consiste este en comprender bien estas verdades para sí mismos y para los otros... Añade Jesucristo hablando á sus Apóstoles... «¿Habeis vosotros entendido estas cosas? «Sí, Señor, respondieron ellos...» Jesucristo nos hace tambien á nosotros esta pregunta. ¡Ah! no queramos engañarnos... ¿Hemos comprendido bien estas verdades? ¿Las hemos comprendido bastante para ver que aquí se trata de nosotros; que nosotros estamos en el primer estado de la Iglesia; que compareceremos en el segundo, y que estaremos eternamente en el tercero? ¿Las hemos comprendido bastante para quedar persuadidos que para prepararnos para aquella terrible separacion tenemos solamente un tiempo incierto y el breve espacio de nuestra vida? ¿Las hemos comprendido tanto que no nos olvidaremos jamás de ellas, y que sacaremos consecuencias prácticas que sirvan de regla á todos nuestros pensamientos y á todas nuestras acciones; tanto para estar nosotros

penetrados, cuanto para instruir á los otros y á todos aquellos que tenemos á nuestro cargo; y tanto cuanto baste para dirigir á este fin todos nuestros cuidados, todo nuestro saber y toda nuestra industria?

«Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cie-
«los es semejante á un padre de familias que saca fuera de su te-
«soro cosas nuevas y viejas...» Esto es: aprended de mi ejemplo
cuál es el doctor propio para enseñar en mi Iglesia, para ser una
guía útil á sus hermanos: debe ser semejante á un sábio padre de
familias, que saca fuera de su despensa las cosas viejas, las usadas
y las nuevas. Encargado del cuidado de sustentar su casa, este hom-
bre tiene siempre sus provisiones: las unas están ya hechas de mu-
cho tiempo antes de ser necesarias; y de otras tiene que proveer ca-
da día. Este es un modelo de un ministro de la Iglesia hábil y ce-
loso. No debe jamás dejarse coger al improviso: debe tener una des-
pensa y un fondo de donde saque las verdades necesarias para la
subsistencia de su pueblo; debe poseer las verdades antiguas y lle-
narse cada día de las nuevas: ahora debe servirse de cuanto ha re-
cogido del Antiguo Testamento; ahora de lo que cada día medita y
aprende del Nuevo. Este tierno padre, despues de haber sacado de
estas divinas fuentes, debe con bondad y sin interés presentar á sus
hijos la leche y el vino de la sabiduría, segun la capacidad de los
oyentes, segun su necesidad, y segun la disposicion de sus corazo-
nes. Debe emplear en instruirlos todas sus luces, todos sus estu-
dios, todo aquello que ha leído en los libros antiguos y modernos,
en los autores sagrados y profanos, todo su talento y toda su indus-
tria: debe servirse de todos los estilos, de cuanto hay de mas fuer-
te y de mas dulce, de mas sublime y de mas familiar, de mas ter-
rible y de mas insinuante para inculcar las verdades tan importan-
tes de la Religion y de la salud.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, ¿y por qué no puedo yo responderos cómo los Após-
toles, *si, Señor?* Sí, he comprendido estas verdades que me habeis
enseñado para mi salvacion; pero si las he comprendido, ¿por qué
no las he practicado? ¡Oh alma mia! ¿estás tú convencida de estas
grandes verdades? ¿y cómo podrás dudar de ellas? Es Jesucristo
mismo el que te las explica en una manera la mas clara y la mas
preciosa. Pero si no dudas, ¿cuál es tu insensibilidad, no confor-
mando con ellas tu conducta? Ó divino Jesús, iluminad mi espíri-

tu, ó por mejor decir, abrasad mi corazon; imprimid en él profun-
damente vuestra santa palabra; dignaos de comunicarle un amor
tal y tal gusto á ella que la llame frecuentemente á la memoria y la
practique en todas las ocasiones, para que viviendo como verdade-
ro cristiano no sea desechado en el día de vuestro juicio... Amen.

MEDITACION CXIX.

JESÚS HACE UN SEGUNDO VIAJE Á NAZARET.

(Matth. xiii, 53-58; Marc. vi, 1-6).

Consideremos aquí: 1.º la admiracion de los nazarenos; 2.º su escándalo;
3.º la dulzura de Jesús en medio de ellos.

PUNTO I.

Admiracion de los nazarenos.

Lo 1.º *Admiracion forzosa que no destruye el odio...* «Luego que
«acabó Jesús estas parábolas se fué de allí y vino á su patria, y le
«seguian sus discípulos; y habiendo llegado el sábadó empezó á en-
«señar en la sinagoga; y muchos al oirlo quedaban admirados de
«su sabiduría, y decian: ¿De dónde á este esta sabiduría y estos
«milagros? ¿de dónde á este todas estas cosas? ¿Y qué sabiduría
«es esta que se le ha concedido, y tales maravillas que se obran por
«sus manos?...»

Jesús acompañado de sus discípulos se partió de Cafarnaum á
Nazaret su patria, no para descansar de sus trabajos, sino para con-
tinuarlos. En los días que se juntaba el pueblo, se hallaba en la si-
nagoga, y lo enseñaba con una sabiduría, con una autoridad y con
una majestad llena de dulzura, que por todas partes le ganaba los
corazones... Los nazarenos sabian las maravillas que de él se publi-
caban; lo habian visto tambien obrar algunos milagros entre ellos,
y no podian negarle su admiracion; pero sus corazones estaban ena-
jenados, y no podian ver sin una secreta envidia uno de sus conci-
dadanos tan distinguido y tan ensalzado sobre ellos... El impío aun
hoy día se ve obligado á admirar la doctrina y la moral de Jesucris-
to, pero la aborrece... El estado en que se hallan ha ya cerca de diez
y ocho siglos, de una parte el Cristianismo, y de otra el judaismo;
las victorias que la religion cristiana ha conseguido sobre la idola-
tría, hasta aniquilarla en toda la tierra, son para el impío mismo un
objeto de admiracion; mas él aborrece esta misma Religion que se
halla forzado á admirar... Pero nosotros admiremos y amemos la sa-

biduría de Dios y sus obras, su ley y su Religion solas dignas de nuestra admiracion y de nuestro amor; fuera de esto todo es locura, todo es vanidad.

Lo 2.º *Admiracion estéril que no muda las costumbres...* Los nazarenos admiraban y no se convertian, y se contentaban con discursar... Nosotros los imitamos demasiado. Todo el mundo discurre de un predicador célebre, de su talento, de su erudicion, de su elocuencia, y ninguno piensa en aprovecharse de las verdades que anuncia. Algunos alaban un libro bien escrito, admiran los pensamientos, el estilo; pero no mudan ni reforman en nada su conducta, y no se hacen mejores. Admiracion vana que solo sirve para hacernos mas culpables y mas inexcusables. ¿Escucharíamos por ventura con una admiracion igualmente estéril á un hombre, ó leeríamos un autor que nos enseñara los medios de engrandecernos ó de enriquecernos?

Lo 3.º *Admiracion maligna que degenera en desprecio...* Los nazarenos exclamaban con una especie de desprecio: ¿de dónde ha sacado este hombre una ciencia tan profunda, una sabiduría tan extraordinaria que acompaña sus palabras y regula sus movimientos? Todo en él es grande: su aire, su aspecto, sus discursos y sus acciones. Por otra parte, hace en todos los lugares una infinidad de milagros: ¿de dónde le ha venido á este? ¿de quién ha recibido él tal doctrina, tal sabiduría, tal potestad de obrar á su arbitrio tantos y tan estupendos prodigios?... Sabian ellos sin duda lo que pensaban los escribas y los fariseos; habian oido decir á estos muchas veces que todo esto venia del demonio, y si no se atrevian aun á explicarse tan abiertamente, acaso no estaban muy léjos de pensar lo mismo; por lo menos aquel aire de espanto que mostraban, aquellas aclamaciones que reiteraban, provenian de un fondo de envidia y de malignidad; y no tenian otra mira que de hacer despreciar á aquel cuyas maravillas admiraba todo un pueblo, y aun ellos mismos... ¿No ensalzan aun por ventura con un artificio semejante los impíos la grandeza de nuestros milagros ó lo sublime de nuestros misterios únicamente para hacerlos increíbles ó dignos de desprecio? ¿No se alaban por ventura con un tal artificio, y aun con exageracion, aquellos cuya estimacion se quiere destruir en la opinion de los otros? ¿No se celebra muchas veces, y aun con admiracion, la elocuencia que un ministro de la Iglesia muestra en sus discursos ó en sus escritos, únicamente para quitarle el mérito, y para insinuar que aquella gloria pertenece á otro? ¡Ah! admiremos nosotros y adoremos la

doctrina de Jesucristo, y hagamos de ella la regla de nuestra fe y de nuestra conducta.

PUNTO II.

Escándalo de los nazarenos.

Lo 1.º *Escándalo de orgullo...* «¿Por ventura no es este (*dijeron*) «el artesano? ¿No es este el hijo del artesano? ¿No se llama su madre María? ¿y sus hermanos Jacobo, y José y Simon, y Judas? ¿Y «no están aquí entre nosotros todas sus hermanas? ¿De dónde, pues, «á este todas estas cosas?... Y quedaban escandalizados de él...»

¿Cómo habria podido el orgullo del mundo hacer aprecio y estima de aquel cuya familia era tan poco distinguida segun el mundo? Pero, ¡oh sabiduria eterna! justamente para confundir este mismo orgullo del mundo habeis escogido una tal familia, y no habeis tenido á menos el comparecer tal con vuestros discípulos... Este orgullo reina aun en mí, si yo regulo mi estima sobre el esplendor del nacimiento ó sobre los bienes de fortuna; si me glorio de un nacimiento ilustre, ó si me avergüenzo de un nacimiento oscuro; si no quiero reconocer mis parientes porque son pobres, ó si llevo con impaciencia el que se me hable de ellos; si procuro investigar el origen de los otros para igualarlos conmigo ó para ensalzarme sobre ellos; si busco honrarme con correspondencias y amistades de grandes, ó si temo deshonrarme con el comercio de los pequeños... ¡Oh, y cuán afortunada es la familia de Jesús en su medianía! Sí, ó María, vos sois su Madre: vuestra humildad os ha traído este honor, y esta dignidad os ha ensalzado sobre los Ángeles... Afortunado José, que en medio de vuestros penosos é inocentes trabajos habeis merecido con vuestras virtudes ser el esposo de María y ser reputado padre de Jesús. ¡Oh afortunada toda aquella familia cristiana en que el trabajo conserva la inocencia, y que sin distincion en el mundo se distingue delante de Dios por su fe y por su piedad!

Lo 2.º *Escándalo de los nazarenos, escándalo de indocilidad...* La doctrina de Jesucristo era sublime, pura su moral, su sabiduría admirable, su mision autorizada; pero ¡cuán poco basta para escandalizar corazones indóciles! El pretexto mas frivolo basta para sacudir el yugo de la obediencia y para resistir á la autoridad aun la mas legitima... Si en aquel superior que nos gobierna, si en aquel predicador que nos habla consideráramos nosotros la persona de Jesucristo y la autoridad de Dios de que está revestido, ¡oh, y de

cuántas preguntas y demandas nos ahorráramos, que son mas efecto de una indocilidad culpable que de una vana curiosidad! Obedezcamos, seamos dóciles, y nuestra obediencia se refiere al mismo Dios.

Lo 3.º *Escándalo de los nazarenos, escándalo de incredulidad...* Este escándalo es el mas pecaminoso, porque es el mas irracional... Los nazarenos admiraban la doctrina de Jesucristo; convienen sobre la grandeza de sus milagros, y rehusan creer en él, porque conocen su familia, y ven sus parientes entre ellos en una mediana fortuna... Pero esto ¿no prueba evidentemente que su sabiduría y la virtud de los milagros que en él reconocian no podian venir de otro que de Dios, y que era necesario creer en él?... ¿Qué cosa, pues, escandaliza aun hoy á los incrédulos? La pobreza de Jesús, la humildad de su vida, la vergüenza de su muerte, la severidad de su moral, que ellos creen impracticable; lo sublime de los misterios que ha enseñado, que son incomprensibles; la grandeza y el número de los milagros que ha obrado, que á ellos les parecia increíble... Pero si todo esto ha sido creído del mundo entero, si á pesar de todo esto el mundo reconoce á Jesucristo por su Dios, si con todo esto su religion, sin otras armas que su fe y su confianza, ha triunfado de todas las potencias de la tierra, aquello que se toma por un motivo de escándalo ¿no es precisamente lo que establece la verdad de la fe y nos ofrece unos inconcusos fundamentos? Pero el incrédulo no raciocina; toma el objeto que lo escandaliza, y en él fija su mira; no lo abandona, incesantemente lo abraza, sin querer escuchar ni confrontar ó pesar cosa alguna; y de esta manera, ó sabiduría adorable, vuestras maravillas ciegan á los orgullosos, y llenan de luz y de consolacion á los humildes.

PUNTO III.

Dulzura de Jesús en medio de los nazarenos.

Lo 1.º *En sus palabras...* «Pero Jesús les dijo: No está el profeta «sin honor sino en su patria y en su casa... y entre sus parientes...» Jesucristo solo les responde con este proverbio... La reprension era bien dulce para una incredulidad tan culpable y para desprecios de tanto ultraje. Pero no obstante esto, ¿no parece que Jesucristo busque aun la manera de endulzarla mas, haciéndola general y como huyendo de aplicarla á ellos? ¡Qué ejemplo para nosotros de paciencia y de dulzura! ¡qué leccion tan importante para los operarios

evangélicos! Si tienen solo en mira la gloria de Dios y la salvacion de las almas, no deben desear ejercitar su celo en su patria: aquí el éxito es del todo incierto; pero si la Providencia los destinase á ella, y si en el ejercicio de su ministerio experimentan persecuciones é injusticias, consuélense á vista de cuanto experimentó el Hijo de Dios por parte de los hombres.

Lo 2.º *En sus acciones...* «Y no hizo allí muchos milagros, por «motivo de su incredulidad... Y no podia hacer allí algun milagro; «solamente sanó pocos enfermos, imponiéndoles las manos...»

Si la incredulidad de los nazarenos paró el curso de la potencia de Jesucristo, cerró su misericordia, ató, por decirlo así, sus manos, y le impidió el obrar entre ellos muchos milagros y sanidades, no le impidió el sanar el pequeño número de aquellos que con fe y docilidad se le presentaron... Si entre los cristianos hay tantos pecadores que se corrompen en sus desórdenes, que viven en ellos, y en ellos mueren, sin obtener del Salvador la sanidad de sus almas; es su poca fe, es su incredulidad la que para el curso de sus beneficios y las operaciones de su gracia omnipotente... ¡Ah, no disminuya nuestra fe el grande número de los que á ella faltan, antes la acreciente! Procuremos ser de este pequeño número que sabe aprovecharse de la bondad y de la potencia del Salvador. Compadezcámonos de la miserable suerte de estos malvados voluntarios; y enderecémonos al Médico celestial de nuestras almas para obtener la salud. ¡Cuántas maravillas no obraría á favor nuestro, si en nosotros no conservásemos este fondo de incredulidad, el cual suspende la efusion de su espíritu y la abundancia de sus gracias!

Lo 3.º *En sus sentimientos...* «Y se maravillaba de su incredulidad; y andaba enseñando por aquellas aldeas del contorno...»

¿Cuáles fueron los sentimientos de Jesucristo al dejar la infiel ciudad de Nazaret? ¿Sentimientos de indignacion, de desprecio ó de venganza? No: sino de admiracion, de compasion y de dolor, al verse obligado á dejarla en su incredulidad para ir á llevar á otra parte el Evangelio. Y bien mostró la disposicion de su corazon, con no abandonar del todo el país... «Andaba por las aldeas de la circunferencia enseñando...» como para dar á entender á los nazarenos que siempre y cuando estuviesen ellos dispuestos á recibirlo, á escucharlo y á creer en él, no estaba muy léjos, y bien presto volveria á su ciudad, los iluminaria con la doctrina, y los convertiria con su gracia.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! Señor, ¿no soy yo por ventura para Vos un objeto de admiracion? ¿No debo yo serlo á mí mismo? ¿No lo seré tambien acaso el día de vuestro juicio para el mundo entero? ¿Cómo? ¡Yo, con tantos socorros, con tantas instrucciones, con tantas gracias, con tantos Sacramentos, con tantos medios, estoy aun tan débil, tan imperfecto y tan léjos de la santidad! ¡En mí aun tantos defectos! ¡en mí aun tan pocas virtudes! ¡Ah, bien lo veo, me falta la fe: es mi poca fe la que hace inútiles en mí todos los remedios, é ineficaces todos los medios de la salud! Sanadme, pues, Vos, ó Dios mio, iluminadme, romped mis lazos, llenadme de aquella fe que consigue de Vos las mas milagrosas sanidades; hacedme dócil haciéndome humilde: no permitais que abuse ya mas de vuestros dones, que me servirian para hacerme mas culpable: haced, Señor, que únicamente aplicado á hacer de ellos un santo uso, recoja despues el fruto, que es mi salvacion y vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CXX.

DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA. DE LA IMPUREZA.

(Math. xiv, 4-11; Marc. vi, 14-28; Luc. ix, 7-9).

Consideremos primeramente los primeros efectos de la impureza en Herodes; 2.º despues los últimos excesos á que lo lleva este vicio; 3.º y finalmente la perturbacion y los remordimientos que excita esta pasion.

PUNTO I.

Primeros efectos de la impureza de Herodes.

Lo 1.º *Una incontinencia tan desenfrenada que nada puede detenerla...* «Herodes habia mandado prender á Juan y atado ponerle en la cárcel, á causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, porque «la habia tomado por mujer...»

Herodes, tetrarca de Galilea, ama la mujer de Felipe su hermano, tetrarca de Iturea, y es de ella correspondido: se abandona á este vergonzoso amor, y luego arrebató la mujer á su propio hermano: públicamente se desposa con ella, y se deja ver todo de un golpe, raptor, adúltero é incestuoso, sin que el pudor, la voz de la sangre, ni el público clamor pueda poner un freno á la pasion de este mónstruo de impureza, cuyo nombre aun al presente sirve de horror y de abominacion. ¡Ah! temamos las primeras y aun las

mas ligeras chispas de un fuego tan pernicioso, cuya violencia sobrepuja todas las cosas y no encuentra obstáculo que sea capaz de contenerlo.

Lo 2.º *Un endurecimiento tan obstinado que nada puede vencerlo...* «Porque decia Juan á Herodes: No es á ti lícito tener la mujer de tu «hermano... Y queriéndolo (*Herodes*) matar, tuvo miedo al pueblo porque lo tenian como profeta...»

Un profeta, un hombre superior á los Profetas, el mas grande y el mas santo de los hombres, Juan Bautista, en una palabra, reprendió á Herodes de su impureza, le hace oír esta decisiva palabra: «Príncipe, no te es lícito tener la mujer de tu hermano...» La reprimension del Profeta no lo mueve, y su valor lo irrita. Herodes forma el designio de hacerlo morir por librarse de su importunidad; pero conoce que un atentado contra la vida de este santo hombre es capaz de excitar una sedicion popular... No hay pasion mas intratable que la de la impureza: se enfurece, persigue, aborrece y sigue hasta la muerte al médico caritativo y celoso que quiere sanarla... Si aun hoy día los pecadores abandonados á esta pasion no fuesen contenidos por el temor, mancharian sus manos con la sangre de aquellos que se oponen á sus desórdenes. Pero ni el odio ni las amenazas de los pecadores deben detener jamás á aquellos que por su oficio ó por su estado están obligados á reprenderlos... El grado, la dignidad, el carácter no pueden dispensarlos: su silencio seria una vileza. Herodes en el hervor de su pasion habria querido verse libre de un incómodo censor; pero advirtiendo su exceso, no podia por menos de estimar á Juan Bautista: respetaba su virtud, admiraba la intrepidez de su ánimo, lo oía con gusto, y en muchas cosas seguía sus advertencias, pero sobre el punto esencial no lo escuchaba: la pasion destruía la estima, y suspendía su accion y su fuerza: la impureza sofocaba la voz de la conciencia, y el Príncipe continuaba los desórdenes, sin los que creía no poder vivir feliz. Tal es el endurecimiento que produce este vergonzoso vicio, y que muy bien experimentan aquellos que tienen la desgracia de abandonarse á él.

Lo 3.º *Una ceguedad tan profunda que nada puede disiparla...* «Y «Herodías le ponía asechanzas, y lo queria hacer morir; pero no podía. Porque Herodes temía á Juan, sabiendo que era varon justo «y santo... y lo guardaba, y por su consejo hacia muchas cosas, y «lo oía con gusto...»

Si eran pasajeros los furores de Herodes contra el Bautista, no lo